

Artículo

“¿QUIÉN NO QUIERE SER OBJETO? O LA ÉTICA SEGÚN HOUELLEBECQ”

Andrés M. Osswald
Universidad Nacional de Buenos Aires
Universidad Nacional de Lomas de Zamora

Resumen

Michel Houellebecq presenta en su obra -particularmente en *Las partículas elementales*- un análisis exhaustivo de la producción de subjetividad en tiempos de la sociedad de consumo donde, al parecer, el sujeto no sólo, y muy a pesar de los filósofos, no parece dar signos de haber muerto sino que se despliega sin límites ante la caída de las restricciones que levantaba la moral religiosa y secular. Sólo cuando tales barreras que la sociedad erige, según se piensa, como medios de control y sometimiento de la subjetividad desaparezcan, el hombre podrá ser finalmente libre, esto es, podrá disponer sin límites de los medios para satisfacer sus deseos. Con todo, la promesa de satisfacción cifrada en la liberación del deseo no parece producir los resultados esperados.

Palabras claves

Subjetividad, libertad, objeto.

Abstract

Michel Houellebecq presents in his work – precisely in *Les Particules élémentaires*, France, 1998)- a profound analysis of the production of subjectivity in time of late capitalist society, where subject seems to grow boundless, despite the philosophers common opinion, due the fall of religious and secular moral rules. The main idea of such position can be summarized as follows: only when the social restrictions that constrain the individual liberty disappear, the humankind can fulfill its wishes completely. Nevertheless this expectation doesn't realize what its promises. On the contrary the only true decision for the contemporary man is to refuse to its liberty and to give oneself as an object.

Keywords

Subjectivity, liberty, object.

Andrés Osswald es filósofo especializado en fenomenología. En 2013 obtuvo el título de doctor en filosofía en la Universidad de Buenos Aires con el trabajo “La fundamentación pasiva de la experiencia. Un estudio sobre la fenomenología de Edmund Husserl”. En la actualidad su tema de investigación es la casa como espacio habitado. Es miembro de proyectos de investigación sobre la filosofía de Edmund Husserl (UBA-CONICET) y de Giles Deleuze (AGENCIA). Es docente regular en la materia Gnoseología (FFyL, UBA), Profesor Adjunto en Historia de la Filosofía Contemporánea II-Siglo XX (UCES) y en Filosofía (UNLZ).

¿QUIÉN NO QUIERE SER OBJETO? O LA ÉTICA SEGÚN HOUELLEBECQ**Andrés M. Osswald**

Repetida hasta el cansancio, la crítica a la subjetividad constituye un lugar común en la filosofía del siglo XX. Consecuentemente, la crítica de Houellebecq no será, en tanto crítica, ninguna novedad. El autor aporta, con todo, un análisis exhaustivo de la producción de subjetividad en tiempos de la sociedad de consumo donde, al parecer, el sujeto no sólo, y muy a pesar de los filósofos, no parece dar signos de haber muerto sino que se despliega sin límites ante la caída de las restricciones que levantaba la moral religiosa y secular. Sólo cuando tales barreras que la sociedad erige, según se piensa, como medios de control y sometimiento de la subjetividad desaparezcan, el hombre podrá ser finalmente libre, esto es, podrá disponer sin límites de los medios para satisfacer sus deseos. De aquí que tal liberación del *deseo* se solape con un hedonismo fundamental, vale decir, que toda relación que el sujeto pueda establecer (ya se trate de una cosa, otro hombre o de sí mismo) será pensada bajo la matriz del placer: todas las cosas y todos los hombres son objetos para un sujeto que sólo puede apreciar en ellas un conjunto de propiedades que valen sólo en la medida en que pueden colmar un vacío que espera ser llenado. Para el autor, la sexualidad desinhibida de la sociedad liberal es el ejemplo paradigmático de los vínculos comerciales entre los hombres en la medida en que en ella se pone a la luz sin ambigüedades la íntima relación entre subjetividad y placer. Sin embargo, la búsqueda del placer no conduce al resultado esperado sino que, por el contrario, amenaza con sumir a la humanidad en su ocaso. Esto es, por tanto, aquello que debe ser pensado.

Alejado de la crítica literaria, ofrezco aquí una reconstrucción conceptual de ciertos aspectos del pensamiento de Houellebecq siguiendo, en lo esencial, su novela *Las partículas elementales*, aparecida en Francia en 1998.

1. Individualismo

“Ambos esposos formaban lo que después dio en llamarse una «pareja moderna», y Janine se quedó embarazada de su marido más bien por descuido. Decidió, sin embargo, tener al niño; pensaba que la maternidad era una de esas experiencias que una mujer debe vivir;

342

el embarazo, por otra parte, fue bastante agradable, y Bruno nació en marzo de 1956. Los fastidiosos cuidados que reclamaba el niño pequeño pronto les parecieron a la pareja poco compatibles con su ideal de libertad personal, y en 1958, de común acuerdo, mandaron a Bruno con sus abuelos maternos a Argel. En ese momento, Janine estaba embarazada otra vez; pero en esta ocasión el padre era Marc Djerzinski”. (1)

Las vidas de Bruno y Michel, tal el nombre del segundo hijo de Janine, son el testimonio vivo de la liberalización de las costumbres que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XX en las naciones desarrolladas; las democracias occidentales de postguerra. Janine decidió, de mutuo acuerdo con su marido, dejar a Bruno al cuidado de sus abuelos. Tiempo más tarde, su matrimonio también terminaría en buenos términos y el vástago nacido de esa unión correría la misma suerte que su medio hermano. Sin embargo, esta vez sería el señor Djerzinski quien rescataría a Michel del estado de abandono en el que lo había dejado su madre, entregada por aquel tiempo a la experimentación sexual en una secta californiana, y dejaría al pequeño al cuidado de su abuela paterna.

Houellebecq enumera entre las conquistas más relevantes de la sociedad liberal la Ley de divorcio, que permitía a los cónyuges deshacer el vínculo en cuanto consideraran que las condiciones del contrato nupcial ya no les resultaban beneficiosas; el desarrollo de una extensa y pujante clase media, que hacía realidad el sueño de la igualdad entre los hombres, progreso económico mediante; y, finalmente, la rápida expansión del consumo libidinal de masas auspiciado por el despliegue de un vasto engranaje comercial que se extendía en todo el arco que va desde las revistas para jovencitas hasta los sex-shops, pasando por la cultura Rock y el cine norteamericano. Este último elemento revistió singular importancia, pues fue el canal de difusión de la naciente apología de la juventud y el individualismo. En su conjunto, este proceso se caracterizó por carecer de una propuesta ideológica o política con límites precisos y un contenido programático sino que, señala el autor, “aun en una perspectiva política de contestación al capitalismo, estaban esencialmente de acuerdo con la industria del entretenimiento” (2). Así, fue impulsado tanto desde posiciones políticas de izquierda como desde los sectores afines a la economía de mercado; mientras los primeros veían en el levantamiento de las prohibiciones sobre la sexualidad signos de la liberación del pesado yugo de la moral judeocristiana, los segundos percibían en las nuevas subjetividades, que ellos mismos contribuían a crear, potenciales consumidores ávidos de nuevos productos que

expresaran su individualidad. Esta confluencia, con todo, no debe motivar sorpresa alguna, pues tanto unos como otros eran, a su manera, las figuras finales de un proceso que había comenzado varios siglos antes y que llegaba a su consumación; en pocas palabras: el triunfo del individualismo.

En efecto, aquello que estaba en juego no era sino el asunto que la teoría política moderna había postulado como punto de partida y problema a resolver: cómo hacer para garantizar la libertad e igualdad de los hombres sin que ello signifique la aniquilación mutua. Pensemos, por ejemplo, en el estado de naturaleza hobbesiano. Si dos hombres desean un mismo objeto, y no pueden gozar ambos de él, han de sentirse mutuamente amenazados por la igualdad de capacidad del otro de hacerse con el objeto deseado. Así, de la igualdad nace la mutua desconfianza y de la desconfianza, la guerra. Por tanto, ante la amenaza en ciernes que representa el otro, ninguna respuesta es más razonable que anticiparse a la agresión posible y someter a cuantos hombres se pueda. Esto es, procurarse seguridad implica buscar el acrecentamiento del poder. (3)

Ahora bien, el deseo que mueve a los hombres no tiene un término último sino que la vida humana es un continuo de deseos. Esto se sigue de dos circunstancias. En primer lugar, del hecho de que los hombres no desean solamente gozar una sola vez del objeto buscado sino asegurarse para siempre de una vía al deseo futuro (4). En segundo lugar, los hombres tienen derecho natural a todas las cosas, es decir, pueden desear y procurar gozar de todas las cosas. Por derecho, a su vez, se entiende aquí “la libertad de hacer u omitir” (5) y, por derecho natural, “la libertad que cada hombre tiene de usar su propio poder como quiera, para la conservación de su propia vida y; por consiguiente, para hacer todo aquello que su propio juicio y razón considere como los medios más aptos para lograr ese fin” (6). Al derecho se lo comprende, entonces, en términos de libertad y de poder.

Finalmente, la noción de libertad es caracterizada como “la ausencia de impedimentos externos que (...) disminuyen el poder” (7). De esto se sigue que mi derecho natural de desear y aspirar a cualquier fin está siempre limitado por la presencia del otro. Esto es, no puedo ejercer efectivamente mi derecho a todas las cosas mientras haya otros que, por su mera existencia, coarten mi libertad. Basta tan sólo con que deseen algún objeto para que se erijan como un obstáculo para mi deseo y restrinjan mi derecho natural, pues, por principio, no estoy obligado a cederle nada a nadie.

La opción estatalista hobbesiana, con todo, no había corrido la misma suerte que su descripción de la naturaleza humana. El omnipotente Leviatán resultaba demasiado oprimente para el espíritu libertario. En su lugar, se impuso la figura del estado liberal que alcanzó su mejor expresión en el modelo social demócrata escandinavo. Dice Houellebecq: “Dinamarca y Suecia, cuyo igualitarismo económico servía de modelo a las democracias europeas, también dieron el ejemplo de *libertad sexual*” (8). Así, el individuo podía finalmente maximizar la satisfacción de sus deseos y evitar el peligro de muerte del estado de naturaleza reduciendo al mínimo las restricciones de su libertad. Esto significa, esencialmente, desarticular todos los así llamados sistemas de control social que se expresan en los valores, religiosos o laicos. La liberación sexual, entonces, no es sino un momento paradigmático de aquel proceso general y se comprende que hayan sido aquellos países los precursores en este campo también.

El sujeto humano es individuo y, como tal, centro de deseos en busca de satisfacción. Para ello, es libre y racional, es decir, dueño de una facultad que le permite adecuar medios a fines. Ahora bien, si la satisfacción es el fin último respecto al cual todo lo demás es un medio, el hedonismo es una disposición humana fundamental. Los otros, entre tanto, son o bien medios o bien obstáculos para el deseo y ante el conflicto siempre latente que supone la vida con otros, la civilización ha diseñado mecanismos que permiten acordar los términos de los intercambios de manera de potenciar el índice de satisfacción entre los contratantes. Si el otro se mide bajo la vara de mis deseos, entonces, debe ser considerado como un conjunto de propiedades expresables en una gradación que va desde la adecuación plena, en el caso de cumplir con las expectativas de mis deseos, a la perjudicialidad, en caso de poseer notas que limiten o amenacen mi satisfacción. En razón de esta escala de costo/beneficio deben organizarse las relaciones humanas y la sociedad liberal, al extender casi ilimitadamente la posibilidad de los encuentros, aumenta de forma exponencial la probabilidad de encuentros exitosos.

Así las cosas, era indudable para Janine y Marc que la decisión más racional era dejar a sus hijos al cuidado de sus abuelos.

2. Soledad

La sociedad humana hunde sus raíces en el mundo animal. Lo propio de la vida animal es la crueldad anómica donde los depredadores, pero en general los más fuertes y violentos, matan, despedazan y devoran a los animales más débiles, viejos o enfermos. Ellos, a su vez, son víctimas del ataque de parásitos que los toman por dentro y los parásitos, de parásitos más pequeños, que, finalmente, son el caldo de cultivo de virus (9). En el otro extremo de la escala zoológica, los primates superiores desarrollan el placer por la crueldad y la infringen gratuitamente a los miembros menos favorecidos del clan. Esta tendencia alcanza el máximo en las sociedades humanas primitivas, y entre los niños y los adolescentes de las sociedades desarrolladas, por lo cual “a la mayoría de los chicos, -señala Houellebecq- sobre todo cuando forman pandillas, les gusta infligir humillaciones y torturas a los seres más débiles. Al principio de la adolescencia, sobre todo, el salvajismo alcanza proporciones inauditas” (10). Al parecer, el incremento de la crueldad está íntimamente vinculado con el desarrollo de la conciencia individual pues, sumado al placer implicado en el acto de someter, se patentiza la necesidad de alcanzar una identidad individual diferenciada. Esto es, sólo el animal que ha alcanzado cierto grado de conciencia de su propia identidad, puede querer afianzar su identidad y ello se realiza invariablemente a costa de los otros que, por su parte, buscan hacer lo mismo. En este sentido, el mundo humano es potencialmente más violento y cruel que el animal; ambos constituyen “una porquería repugnante; en conjunto, la naturaleza salvaje justifica su destrucción total, un holocausto universal; y la misión del hombre en la Tierra es, probablemente, ser el artífice de ese holocausto” [cita levemente modificada] (11). Lo humano en el hombre no es, por tanto, su condición de ser sujeto. Muy por el contrario, la subjetividad no es más que una radicalización de una tendencia natural. Consecuentemente, la humanidad adviene al hombre cuando se ponen límites al sujeto; vale decir, cuando la ley restringe la libertad.

La situación es completamente otra para las corrientes libertarias del siglo XX. El principio común que fundamenta a todos esos movimientos es, justamente, que lo propio del hombre es ser sujeto y, por ello, lo más deseable es aquella situación en la que se tiene total libertad para alcanzar la satisfacción del deseo. Al mismo tiempo, se opera una completa inversión, respecto a la modernidad, en la apreciación valorativa de la naturaleza: si para los autores modernos el orden natural se contraponía radicalmente al humano, el sentido común contemporáneo ve en la naturaleza un ámbito donde, librado de todas las trabas culturales, el hombre podría alcanzar finalmente su “realización”. De aquí que se mantenga la definición moderna de hombre pero se modifique su

relación con el estado de naturaleza. Por tanto, el problema político no será ya cómo limitar el deseo sino cómo darle lugar.

De esto se sigue una administración del deseo que encuentra, para Houellebecq, dos formas que, aunque contrapuestas en la superficie, manifiestan un mismo fondo común: o bien se trata de eliminar todas las reglas que condicionan la satisfacción o bien de reglamentarlas bajo los principios de la sociedad democrática y secular. En la práctica, estas alternativas fueron encarnadas ejemplarmente por el movimiento hippie y por las democracias nórdicas. Ambos procesos, tomados en conjunto, conforman

la sociedad erótico-publicitaria en la que vivimos [que] se empeña en organizar el deseo, en aumentar el deseo en proporciones inauditas, mientras mantiene la satisfacción en el ámbito privado. Para que la sociedad funcione, para que continúe la competencia, el deseo tiene que crecer, extenderse y devorar la vida de los hombres. **(12)**

Por su parte, el hippismo no pregona más que un hedonismo desenfrenado que, con fuerza de necesidad, conduciría al sadismo. En efecto, la liberación sexual fue sólo el primer momento en la búsqueda del placer. Y dado que la expansión del hedonismo equivale a la destrucción de los valores morales que limitan la libertad, “era normal que los individuos liberados de las obligaciones morales ordinarias se entregasen a los placeres, más intensos, de la crueldad; Sade había seguido una trayectoria análoga dos siglos antes” **(13)**. Por ello, -concluye- los

accionistas vieneses, beatniks, hippies y asesinos en serie tenían en común ser unos libertarios integrales, que predicaban la afirmación integral de los derechos del individuo frente a todas las normas sociales, a todas las hipocresías que según ellos constituían la moral, el sentimiento, la justicia y la piedad. **(14)**

De igual naturaleza, pero de distinto signo, es la organización del deseo propia de la democracia liberal. Allí, los intercambios se conciben bajo la forma del pacto y el respeto por la libertad propia y ajena. El *comercio sexual* pone en el centro de la escena a un sujeto consciente de sus derechos, preocupado por la salud y la higiene, que quiere ante todo evitar la alienación y la dependencia.

Sea como fuere, toda relación humana adopta la forma del intercambio comercial, convirtiendo al placer en moneda común. De aquí que pueda afirmar Houellebecq que:

Lo que los occidentales ya no saben hacer es (...) ofrecer su cuerpo como objeto agradable, dar placer de manera gratuita . Han perdido por completa el sentido de la entrega (...) Es imposible hacer el amor sin un cierto abandono, sin la aceptación, al menos temporal, de un cierto estado de dependencia y debilidad. La exaltación sentimental y la obsesión sexual tienen el mismo origen, las dos proceden del olvido parcial de uno mismo; no es un terreno en el que podamos realizarnos sin perdernos.
(15)

Con todo, el placer no parece cumplir con la promesa cifrada en su búsqueda. Por el contrario, una insatisfacción incesante acompaña al placer, que, en los hechos, se expresa en una persecución del aumento de placer a la vez que se deshumanizan los medios del placer. El circuito del deseo-placer retorna siempre a su punto de partida y en nada cambia el número de sujetos involucrados. Entre ellos se levantará la frontera invisible e impenetrable del placer. Entre ellos no hay, en verdad, ningún contacto; si el hombre es sujeto, no puede más que estar rigurosamente solo.

3. Objetos

“Esta mujer había tenido una infancia terrible, trabajando en una granja desde los siete años entre semibrutos alcohólicos (...) Con más de sesenta años, recién jubilada accedió a ocuparse otra vez de un niño, el hijo de su hijo. A él tampoco le había faltado nada, ni ropa, ni buenas comidas los domingos, ni amor. Ella le había dado todo eso. Un examen mínimamente exhaustivo de la humanidad debe tener en cuenta necesariamente este tipo de

348

fenómenos. En la historia siempre han existido seres humanos que trabajaron toda su vida, y que trabajaron mucho, sólo por amor y entrega; que dieron literalmente su vida a los demás con un espíritu de amor y entrega; que sin embargo no lo consideraban un sacrificio; que en realidad no concebían otro modo de vida más que el dar su vida a los demás con un espíritu de entrega y amor. En la práctica, estos seres humanos han sido mujeres” (16)

Cuando quedaron al cuidado de sus abuelas, Michel y Bruno conocieron el amor. Después sólo hubo tibios encuentros y, en general, la más pura soledad. Si hubo amor, esto es, si fue posible un vínculo entre los hombres, fue precisamente porque, en sentido estricto, no hubo allí sujetos.

Si la humanidad puede advenir al hombre es porque en él siempre habita la posibilidad de suspender el intercambio. La ley moral, piensa Houellebecq kantianamente, es el corte que detiene el circuito del placer y de la libertad entendida como ausencia de coerción externa. Se abre así el campo de una nueva libertad; la libertad de renunciar a la libertad para entregarse como objeto. La libertad de ser hombre y no meramente parte de la naturaleza.

La entrega de sí en que consiste ser objeto no tiene, como podría pensarse, un carácter sacrificial. Tal sería el caso en que el hombre se da a un sujeto como objeto para su placer, vale decir, el sacrificio equivaldría al masoquismo. Pero de lo que hablamos aquí es de una suspensión de la lógica de la subjetividad y, en consecuencia, de que no hay un sujeto esperando gozar de su ser sujeto y otro de su ser objeto. Sólo el sujeto que identifica la suspensión de la subjetividad con el sacrificio, puede reprocharse, una vez que se recupera, el haberse dejado hacer, el haber entregado su libertad, el haber renunciado al control. Ahora bien, si lo propio del comercio subjetivo era la búsqueda del placer, la entrega suspende aquel circuito al renunciar a la esperanza de cualquier beneficio y, en consecuencia, se desbaratan las bases de la sociedad libidinal de consumo.

El amor, tal el nombre que Houellebecq da a esta suspensión, coincide con la irrupción de la ley moral. De aquí que sólo los hombres atravesados por la prohibición puedan amar, esto es, no estar simplemente “uno junto a otro” sino “unos con otros”. El amor reúne a los hombres y sólo así reunidos pueden alcanzar aquello que sólo tiene lugar cuando los hombres renuncian a alcanzarlo: en el silencio parsimonioso del amor se hace presente la felicidad.

Notas

- (1) Houellebecq, M., *Las partículas elementales*, Barcelona, Anagrama, 2008, p. 29.
- (2) Ibid. p. 57.
- (3) Cfr. Hobbes, T., *Leviatán*, FCE, México, 2005, p. 101-102.
- (4) Hobbes, Op. Cit., p. 79.
- (5) Ibidem, p. 106.
- (6) Ibidem, p. 106.
- (7) Ibidem, p. 106.
- (8) Houellebecq, M., *Op. cit.*, p. 65.
- (9) Ibidem, p. 38.
- (10) Ibidem, p. 46.
- (11) Ibidem, p. 39.
- (12) Ibidem, p. 162.
- (13) Ibidem, p. 211.
- (14) Ibidem, p. 212.
- (15) Houellebecq, M., *Plataforma*, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 216.
- (16) Houellebecq, M., *Las partículas elementales*, Barcelona, Anagrama, 2008, p. 92.